

EL TRAJE DE LA NOVIA ANTES DE LA BODA

Desde luego no era el día radiante que Sebastián había imaginado para su boda. En el exterior, el cielo relampagueaba constantemente presagiando una tormenta de dimensiones épicas. Seguramente luego la cosa quedaría en nada, cuatro gotas mal contadas que no llegarían ni a formar un charco. Pero sería suficiente como para echar a perder el banquete en el jardín.

-No puedo creer que vaya a casarme- dijo Sebastián a su padrino. Sus manos temblaban nerviosas en los bolsillos del traje.

-Yo tampoco, tío- dijo Román enlazando su corbata inútilmente.

La habitación se encontraba en silencio, aunque en la planta baja los invitados ya empezaban a ocupar sus asientos.

Román se miró en el espejo de cuerpo entero y se alisó las arrugas que se formaban en el bajo de los pantalones.

-Aunque siempre apostaba que tú serías el primero en caer.

-¿Qué?- preguntó Sebastián recuperando por un momento su buen humor.- ¿Cómo que apostabas?

-Claro, de entre todos los del grupo. La cosa estaba entre tú y Jacin, pero siempre tuve claro que tú tenías más papeletas que él.

-¿Por qué?

-Siempre fuiste un enamoradizo- contestó Román mientras deshacía el nudo de su corbata y lo volvía a intentar.

-Eso no es cierto- dijo Sebastián poniéndose en pie.

-Claro que sí. Estoy seguro que vas por la calle y te enamoras de todas las chicas guapas que ves. Pero no con lujuria, como nos pasa a todos, sino con amor.

-¿Qué? No tienes ni idea.

-Claro. Recuerdo el primer libro infantil que escribiste, ¿cómo se llama?

-“La bruja de chocolate”. Por cierto, aún se vende bien en ciertas librerías.

-Vale. Pues lo que te decía, no hay más que leer ese cuento para saber que incluso aquella bruja malvada te atraía sentimentalmente. De una manera fatalista, con ese cariño que se le toma a veces a la gente depresiva e intolerante.

-Estás loco, tío. Es solo un personaje de una historia para niños. Por si no te habías percatado, la moraleja es que la auténtica belleza se encuentra en el interior.

-Claro. La vieja y asquerosa bruja, con su casa de chocolate y su caldero repleto de huesos de niños convertidos en caramelos, era en verdad una bellísima persona por dentro. No me jodas. Y ayúdame a ponerme esta corbata de una vez por todas, por Dios santo- argumentó nervioso el padrino.

Sebastián deshizo el nudo previo y comenzó a enlazarlo de nuevo en el cuello de su amigo.

-Dime al menos que no la has dejado embarazada- atacó de nuevo Román.- Porque siempre había apostado mentalmente sobre quien sería el primer idiota en tener hijos.

-¿Y apostabas también por mí?- dijo Sebastián apretando más de la cuenta el nudo de la corbata.

Román rió mientras aligeraba un poco la presión sobre su cuello.

-Claro que no, siempre aposté por aquella tía tan cachonda que se venía antes con nosotros, ¿cómo se llamaba?

-¿Judith?- inquirió Sebastián.

-Esa, pero ahora veo claro que tú tienes también papeletas de sobra.

Sebastián dejó de reírse al ver su imagen reflejada en el espejo. Quedó por un instante meditabundo, con las manos en los bolsillos y la mirada fija sobre sus propios ojos.

-¿Estás bien?- dijo Román interrumpiendo sus pensamientos.

-¿Crees que hago lo correcto?

-No lo sé, tío, supongo que sí.

-A ti Lucía nunca te ha caído bien, ¿verdad?- preguntó con malicia el prometido.

-Ya sabes que ni bien ni mal... No sé, simplemente la veo algo raro, no sabría explicarte bien el qué... Algo *turbio*, tal vez. Ya te digo, no lo sé. Pero si a ti te hace feliz...

-Estoy enamorado de ella- dijo mirándose fijamente en el espejo, como para descubrir sobre su rostro algún gesto que denotara que estaba mintiendo.

-Creo que te confundes- dijo Román dando un par de palmadas en la espalda de su amigo.- No estás enamorado de ella. Tú estás enamorado del amor.

Tras unos segundos de silencio en los que ambos meditaron sobre sus respectivas vidas, Sebastián reaccionó.

-Necesito verla.

-¿A quien?

-A Lucía- sus manos temblaban a un ritmo vertiginoso.

-¿Ahora?- dijo Román perplejo.- No tengas prisa, vas a tener toda la vida para verla.

-Pero lo necesito, lo siento en mi interior. Tengo que verla, hablar con ella.

-Pero...-titubeó el padrino mientras miraba la hora.- Te casas en poco más de cinco minutos.

-Tranquilo, tú baja que ahora mismo voy.

Sebastián agarró la americana y se la puso mientras salía por la puerta.

-Tío, dicen que da mala suerte ver a la novia antes de la boda- gritó Román a todo pulmón.

Sebastián corrió por el pasillo hasta la habitación en que se encontraba su pareja. En la puerta, como si estuviera haciendo guardia, la madre de Lucía aguardaba con

impaciencia. Llevaba una pamelita horrible sobre la cabeza, y un vestido rojo al que le sobraba tela por todos lados.

-Tengo que verla- dijo Sebastián mostrando su cara más persuasiva. Sudaba copiosamente a través del pelo engominado, el nerviosismo ante un evento tan trascendental le estaba pasando factura. “Tranquilo”, le había dicho Román. “Siempre puedes divorciarte dentro de una semana”. Demasiado fácil de decir, su amigo no le había ayudado demasiado a calmar los nervios.

-Eso es imposible, me temo. La novia se está arreglando, no creo que quieras importunarla ahora.

La madre de la novia era delgada y bastante menuda, y además nunca le había caído demasiado bien, por lo que Sebastián no dudó en empujarla para abrirse paso hasta el cuarto.

-¡NO PUEDES!- gritó a sus espaldas mientras el novio abría la puerta.

-Lo siento cariño, pero necesitaba verte, hablar contigo. Que me digas que todo va a ir bien, que...- Sebastián había empezado a disculparse desde que había entreabierto la puerta, pero ahora que veía claramente a la novia se había quedado sin palabras.

El rostro y el cuerpo de Lucía estaban completamente cambiados. Lo que el día anterior había sido un cuerpo turgente, de sugerentes curvas, ahora era un manojito de arrugas que caían escurridizas por el efecto de la gravedad. Lo que ayer había sido un bello rostro de rasgos angelicales, se había transfigurado en una cara vieja repleta de verrugas. En el suelo, a los pies de aquella horrenda mujer, reposaba un traje de tejido similar al plástico. Era un vestido de color carne, y en la parte más alta podían distinguirse los rasgos de una verdadera mujer (uno de los ojos permanecía fijo en el techo, mientras que el otro parecía observar a Sebastián). El novio conocía muy bien aquellas facciones, de hecho se había enamorado de ellas y estaba a punto de casarse con la persona que las

poseía. Mientras tanto, la vieja seguía maquillando su horrible rostro bajo capas y capas de pintura.

-¿Qué demonios es esto?- comenzó a decir el novio poco antes de sentir un tremendo calambre en la base del cráneo y desplomarse sobre el suelo.

Cuando Sebastián abrió los ojos no pudo identificar nada de lo que le rodeaba. Todo era tan extraño como irreal. Simplemente percibió un fuerte olor a chocolate y un susurro en el oído que le decía: “Al fin juntos para siempre”. Un poco más lejos, sobre el fuego, un caldero al rojo vivo bullía repleto de caramelos.